Agonía de la noche

Hoy madrugué más que el alba

para ver la agonía de la noche.

 Silencio, aire y oscuridad

compartían el mismo espacio;

solo el eco de mis pasos

invadían el infinito hueco

de su intimidad.

Un vagabundo dormía en un cajero,

ajeno a la inmensa fortuna

que le rodeaba;

¡Qué curioso contraste,

el de la miseria y al capital

compartiendo el mismo techo!

Fue un barrendero el primer intruso,

aparte de mí, de sorprender

al color del miedo.

También un borracho, botella en mano

y con inestable equilibrio,

trataba de conversar con su sombra

de luna en incoherente monólogo.

 Sólo los anuncios luminosos

permanecían inmutables en el ejercicio

de su intermitente obligación.

Los fardos de periódicos comenzaban

a amontonarse junto al quiosco

para que, en breve, puedan ser robadas

sus noticias por las soñolientas miradas

de quienes inician su diaria monotonía,

mientras una mano hará girar

 la cucharilla de una taza de café.

Una manguera, a modo de serpiente,

 trataba de despejar

las legañas de la calle,

y, como si el agua

salpicara al horizonte,

también el alba comenzaba

a teñirse de grana y despertar

en perfecta sintonía

con el nacimiento del ruido.

Es la vida que comienza a latir,

al mismo tiempo que la noche

entra en apnea.

Sólo, entonces, comprendí

que había llegado la hora

de retirarme.